

Estudios generales

PLURALISMO Y EDUCACION

Stuart MACLURE*

Existe un punto que se tiene la plena seguridad de encontrar en cualquier discusión sobre educación con un planteamiento democrático. Y es que habrá grandes desacuerdos sobre lo que debería hacerse: desacuerdo en lo relativo a aquello que es bueno para los chicos y chicas y para sus familias; desacuerdo sobre lo que es bueno para el Estado; desacuerdo sobre lo que es bueno para las poderosas instituciones dentro del Estado, en la industria y las organizaciones de empresarios y los sindicatos; desacuerdo sobre la importancia relativa que deba atribuirse a la sociedad frente al proceso político, a la iglesia, la familia y los educadores. Muchas de esas divergencias versan sobre la administración práctica, otras se refieren a las metas y objetivos de la educación, dentro del marco de las metas y objetivos de la sociedad en su conjunto, y expresan en ellas profundas diferencias de opinión entre aquellos que creen que la educación debe ser utilizada como un instrumento para forjar cambios sociales y aquellos que consideran a la educación como una fuerza para la estabilidad social y uno de los principales vehículos de valores culturales que se transmiten de generación en generación.

En todo esto, la educación es sencillamente la excusa que sirve para que se expresen valores diversos. La diversidad de valores ya está ahí en una sociedad democrática en la cual la libre expresión de la opinión se acepta como parte de la naturaleza de las cosas. El pluralismo es un término pomposo para expresar la noción de sistemas de valores en competición. Una democracia viable es aquella en la cual existe acuerdo suficiente sobre un procedimiento para acomodar dicho pluralismo, un consenso suficiente sobre las reglas del debate político o, al menos, de la acción política, que ayude a distinguir por vía del apoyo general y la comprensión, entre amargas controversias y subversión criminal, sin que haya necesidad de recurrir constantemente a los tribunales para obtener soluciones legales.

Editor del *Times Educational Supplement*, Londres.

Ahondando más en este argumento, me parece que es necesario rehuir de las afirmaciones de teoría política acerca de «pluralismo» y «educación democrática». La educación democrática es, después de todo, un término discutible. El modo de practicar e impartir la educación difiere ampliamente en los países que se autodenominan democráticos. Es baldío argumentar acerca de la esencia de la educación democrática como los teólogos pudieran argumentar acerca de la esencia de la única iglesia verdadera, lanzando anatemas a cualquier fórmula que no se ajustara a condiciones dogmáticas pre-establecidas.

Por lo menos, para lo que a este artículo se refiere, la educación democrática abarca todos los diversos compromisos educacionales alcanzados en una serie de países donde el proceso político emplea los instrumentos constitucionales del gobierno representativo.

Las diferencias en el modo en que los diversos países ordenan sus asuntos de educación reflejan directamente las diferencias dentro de cada sociedad y la historia social de los países interesados. Es la evidencia misma observar que el sistema educativo es un subsistema del sistema social. Lo que ocurre en el colegio está vinculado con lo que ocurre en la sociedad a todos los niveles. Puede ocurrir que alguno de estos vínculos sociales estén mediatizados por el proceso político, y la discusión sobre éstos es articulada por los partidos políticos. Esto es evidentemente cierto en asuntos relacionados con la distribución a gran escala de fondos públicos para la construcción de escuelas o para contratar profesores. Pero en muchos otros aspectos, el Estado no está directamente implicado. No está directamente implicado en la acción recíproca entre niño, padre y profesor a nivel de cada escuela, ni tampoco en el proceso informal por el cual han pasado las asunciones sobre lo que es importante dentro de los planes de estudios escolares, ni tampoco en las evaluaciones de otros trámites que contribuyen a limitar el alcance de la intervención directa dentro del proceso educativo por parte de partidos políticos organizados y ayuda a conservar la influencia de instituciones no gubernamentales tales como la iglesia.

La historia nos muestra de qué modos tan diferentes estas influencias en competición han afectado el marco educativo en diversos países. Tomemos a cuatro de ellos como ejemplos: Suecia, Holanda, los Estados Unidos e Inglaterra (que administrativamente hablando debieran ser Inglaterra y el País de Gales para este propósito).

Suecia es un pequeño país con una población más o menos igual a la del Gran Londres (9 millones). Es próspero y ha empezado a tener éxito económico en el siglo en curso, pero los desniveles entre riqueza y pobreza no son ofensivamente grandes y la sociedad es relativamente homogénea. Tras un período de serio desequilibrio industrial en los años veinte, los socialdemócratas llegaron al poder en 1932 y permanecieron en él como partido dominante del gobierno hasta 1976.

Pequeño, socialmente homogéneo, con un prolongado período de gobierno, en el cual un partido, el de los socialdemócratas, desarrolló políticas sociales que contaron con el apoyo del electorado en sucesivas elecciones nacionales durante más de 40 años: las instituciones públicas de Suecia, incluyendo las de la educación, parecen ser lo que podría esperarse de ellas. El sistema educativo está centralmente controlado. Existe un esfuerzo consciente, cuidadosamente organizado, para hacer que los planes de estudios y la influencia moral de la escuela concuerden con los amplios objetivos de política social enuncia-

dos por los socialdemócratas. Y puede calibrarse, en cierta medida, el éxito de los socialdemócratas por el hecho de que sus oponentes políticos se han prestado a aceptar muchos de esos mismos objetivos y, notablemente, la inclusión de la enseñanza secundaria completa y los conceptos de igualdad de oportunidades que trata de expresar. Otras causas liberales, tales como la eliminación de la segregación de la mujer y la oposición al plan de educación sexual en la enseñanza, fuerte en la sociedad sueca en general, se han incorporado entre las metas del sistema educativo. El resultado es un sistema de educación firmemente dirigido hacia las metas de la sociedad. Está altamente centralizado y ha elaborado técnicas a su disposición para recoger las opiniones de los grupos con influencias dentro del Estado (incluyendo los políticos de los partidos y los semipolíticos de los sindicatos y organizaciones de empresarios) y traduce éstas en instrucciones para el plan de estudios y consejos para los colegios. Con ello no se eliminan las voces o tradiciones contrarias, algunas de las cuales siguen siendo poderosas entre las asociaciones de profesores.

Aquí tenemos, pues, un modo en el cual una sociedad ha desarrollado instituciones educativas que expresan sus valores predominantes. Busca la unidad más que la diversidad; en ella el pluralismo queda expresado más dentro de las instituciones para la discusión de políticas a seguir que en el resultado final; una sociedad que expresa una idea social coherente que entraña un fuerte compromiso a la tolerancia, reflejando al mismo tiempo un fuerte consenso de valores que hace innecesaria la tolerancia de una disidencia extremada.

Por razones históricas, los Países Bajos ofrecen un cuadro muy diferente de diversidad institucionalizada. Existen en paralelo, codo a codo, sistemas católicos, protestantes y no sectarios. Todos los cuerpos e instituciones principales deben tener en cuenta los compromisos religiosos. Pero junto con esta separación de forma existe a menudo una unificación de sustancia: para permitir que coexistan sistemas separados se necesita una fuerte dosis de decisión central acerca de los planes de estudios y la estructura, aunque administrada por separado está altamente coordinada. Es también un país en el cual los debates acerca de valores y organizaciones están ampliamente abiertos, generalmente llevados por un dinámico ministro de Educación que ha trazado un bosquejo de cómo debe ser el sistema educativo de los holandeses desde ahora hasta el año 2000.

El pluralismo en la educación democrática de los Países Bajos es una de las facetas del pluralismo de la Holanda de hoy en día, con su fragmentado espectro de partidos políticos. La búsqueda de un consenso suficiente sobre la educación tiene que seguir adelante, a pesar del fracaso de las negociaciones para formar un gobierno de coalición.

Los Estados Unidos están en el polo opuesto a Suecia, con una población más de 20 veces mayor y una extensión de tierra amplia y variada. Aquí también el desarrollo de la educación ha estado estrechamente ligado con el desarrollo de la sociedad en general. La constitución americana fue ideada desde el principio para respetar los diversos y divergentes intereses de los Estados por separado, mientras que al mismo tiempo creaba una estructura y una ley fundamental que permitieran dirigir el crecimiento de una nación de proporciones continentales.

La descentralización del control de la educación era inevitable. Aún ahora, unos 17.000 consejos escolares siguen siendo las unidades locales de la

administración educativa. Los poderes de los Estados han aumentado en los últimos años, y siguen aumentando al prestarse cada vez más atención a las consecuencias de los recursos desiguales disponibles para la educación en las diversas partes del país. El Gobierno Federal sigue siendo débil, al ser admitido por tolerancia, aunque ahora distribuye una fracción importante de los fondos públicos para la enseñanza a todos los niveles.

América ilustra el modo en que la educación y la sociedad actúan recíprocamente y cómo esa acción recíproca se extiende mucho más allá del proceso político en sí. En diversos períodos de la historia de los Estados Unidos, la sociedad ha proyectado las escuelas para que cumplan diferentes funciones y transmitan diferentes valores. Las escuelas han desempeñado su papel en la construcción del país cuando la asimilación de inmigrantes europeos dio la máxima prioridad a la integración en el **«Melting Pot»**. Más recientemente, la diversidad étnica ha reemplazado a la asimilación como idea dominante y las escuelas han sido miradas como los instrumentos que permitan a las minorías étnicas establecer sus propias identidades. Y, desde luego, las escuelas han estado en el centro de las discusiones raciales —en una primera fase como vehículo para la segregación y más adelante como vehículo para la integración—. Esa misma progresión puede observarse en relación con la condición y papel social de las mujeres.

Quizá lo realmente destacable es hasta qué punto ha emergido un tipo de consenso educativo americano por medio de procesos sociales y políticos que tienen su raíz en el corazón mismo de la vida nacional americana. Estos procesos son los que proporcionan los mecanismos a través de los cuales actúa el pluralismo para enriquecer y diversificar la estructura de la respuesta de la sociedad americana a las cuestiones sociales. Hablar de un consenso es dar énfasis al punto hasta el cual el coro de voces pluralistas emerge en una especie de conjunto armonioso. Y, desde luego, aun en un país tan complicado como los Estados Unidos, es digno de mencionar el número de pretensiones compartidas existentes que combinan sus capacidades para tolerar diferencias extremas en otros asuntos. Pero el pluralismo también queda reflejado en la fuerza y variedad de grupos de presión que actúan dentro del sistema. La educación seguramente tiene su parte en esa actuación a cualquier nivel y esa búsqueda para persuadir e influenciar cada grupo dentro del proceso de toma de decisiones descentralizado. Las agrupaciones de profesores, las iglesias (las cuales si bien están excluidas del sistema educativo público por la constitución están, sin embargo, interesadas en muchos aspectos de la política educativa), las cámaras de comercio, las asociaciones de padres, las uniones de trabajadores, empresarios, los exponentes de puntos de vista educativos radicales, los exponentes de puntos de vista conservadores, los grupos de minorías étnicas, los grupos de caridad..., todos éstos y más trabajan para convencer a todos desde el Comisionado para la Educación y el Secretario de Estado para la Salud, Educación y Bienestar en Washington (cuya influencia en la base es realmente modesta) hasta cada consejo escolar individualmente, la escuela en sí, y al profesor de la escuela.

Las tensiones son tan severas como las de la sociedad, en cualquier momento dado, con las divisiones comunales de grupos étnicos y de razas, haciendo a veces de la escuela un banco de pruebas de política de la comunidad. La política de los consejos escolares y locales y de las asociaciones de profesores y padres reflejan esas tensiones, y dentro de todo esto hay una discusión constantemente cambiante cuyas soluciones son los intereses públicos

de la comunidad, que deben arreglarse a través de un sistema político pluralista, que están dentro del terreno de los profesores profesionales y los expertos técnicos de educación, y que son el asunto privado y personal de cada familia que debe solucionarse teniendo que negociar y elegir ciudadanos libres que actúen por su propia cuenta.

Inglaterra y el País de Gales ofrecen todavía otra mezcla de toma de decisiones centrales y locales que reflejan la historia de la educación durante el pasado siglo y el desarrollo de instituciones sociales, incluyendo instituciones políticas, para manejar las diferencias de opiniones muy enraizadas. Es importante para un inglés no hacer sentimentalismo acerca del modo en que los ingleses han aprendido a convivir entre sí. Al inglés le gusta que le digan que su sociedad es estable y tolerante y que esto refleja cierta virtud política que les pertenece a ellos como nación. En esto se encierra una peligrosa complacencia y es un indicio seguro que cuanto más hincapié hacen los de fuera en ello menos convincente resulta para los de dentro.

Sin embargo, es cierto que la historia de disputas religiosas en Inglaterra llevaba a cierto tipo de tolerancia en el siglo XVIII, y que durante el siglo XIX la mayoría de los impedimentos religiosos y civiles que todavía seguían en pie para los grupos religiosos minoritarios, desaparecieron. Y debido a que las Iglesias —la Iglesia Oficial de Inglaterra, las pequeñas Iglesias protestantes no conformistas y la Iglesia católica— fueron las pioneras en la educación popular, un antiguo pluralismo entre Iglesias se combinó con la coexistencia entre las escuelas de la Iglesia y las ideas e instituciones que las apoyaban y las escuelas creadas por las instituciones del gobierno local. Esto no se consiguió sin amargas controversias: las pretensiones de la Iglesia, monopolio en su origen, debieron compartirse primero con las organizaciones de caridad no sectaristas y, más tarde, con los consejos escolares locales y del Estado fundadas con los impuestos y los comités de educación.

En esas circunstancias fue casi inevitable que la extensión del poder del Estado en la educación fuera lenta y vacilante y que, paralelamente, con el sistema de educación para la gran mayoría de la población financiado con los fondos públicos también siguiera habiendo un pequeño sector privado o independiente (5-6 %) pagado por honorarios escolares y donaciones caritativas. Era inevitable, del mismo modo, que la fiereza de la controversia religiosa animara la descentralización, en lo que a toma de decisiones se refiere, a favor de la autoridad local de educación (desde principios de este siglo situada en los grupos principales del gobierno local) y en una amplia gama de asuntos relacionados con los planes de estudios al nivel de la escuela en sí. El área relativamente amplia de autoridad independiente otorgada al director de cada escuela en Inglaterra y País de Gales es un subproducto del pluralismo dentro del sistema. El pluralismo ha hecho que sea más conveniente construir la libertad relativa profesional concedida al profesor —para profesionalizar, en realidad, algunas de las salidas de valor en que se divide la sociedad— que polarizar la opinión en campos mayoritarios y minoritarios. De ese modo, aun si no existe consenso en dichas soluciones contenciosas, ha habido un consenso sobre el modo de evitar la interferencia en el trabajo diario de las escuelas. Y para compensar la descentralización de la dirección de los planes de estudios, ha habido en el nivel secundario un sistema fuertemente unificador de exámenes en el exterior.

El debate corriente sobre educación en Inglaterra sugiere que las presiones sociales que se deben al paro y a la recesión económica son un reto a este grado

de descentralización y tratan de buscar que se ponga a debate público algunas de las soluciones que se profesionalizaron en los años 50 y 60, sobre todo el contenido del plan de estudios y la orientación de las escuelas hacia la industria y el comercio.

Pero, aunque tiene sentido hablar acerca de la profesionalización de asuntos contenciosos, que no puedan tener respuestas puramente profesionales, también hay que tener en cuenta que los profesores profesionales, a su vez, viven en un ambiente pluralista. Ellos mismos se encuentran en el centro de un debate sobre valores. Los jefes de profesores están en el extremo receptor de una multitud de presiones —de políticos, administradores, industriales y otros grupos interesados y de los mismos alumnos— y parte de su destreza profesional consiste en ser sensibles a esas presiones sin rendirse a ellas.

Parece que de los diversos ejemplos discutidos anteriormente se desprende cierto número de conclusiones.

1. Tiene sentido el desconfiar de cualquier fórmula para una política educativa y cualquier estructura para la administración educativa que olvide tener en cuenta los factores históricos y la influencia penetrante de la cultura que impera. Esto quiere decir, por ejemplo, reconocer *tanto* la fuerza de la educación centralista tradicional española *como* la importancia de cualquier movimiento hacia la autonomía regional. Si existen poderosas presiones históricas que apunten hacia la autonomía regional, esto requerirá que sea claramente reconocido en términos educativos si la educación democrática quiere reflejar el pluralismo vivo. Siempre que exista presión para descentralizar, las soluciones educativas tienden a destacarse, especialmente si, como en el País de Gales o partes de los Estados Unidos, o en las regiones de España, existen tradiciones lingüísticas que piden respeto y tensiones continuas entre la utilidad de una unidad lingüística y el deseo de utilizar el lenguaje para dar forma a la identidad cultural.

2. El pluralismo implica conflicto. La supervivencia democrática depende de que se alcance un grado de asentimiento suficientemente grande en principios básicos de procedimiento para conducir un conflicto de ideas por caminos que sean más creadores que destructivos. La educación proporciona una severa prueba para este consenso de procedimiento, porque está en el centro de cualquier discusión sobre derechos públicos y privados, objetivos públicos y privados. Si la educación se mira totalmente subordinada a la política, una pelota de fútbol que debe ser «chutada» por los políticos alineados en equipos ideológicos, para quienes el debate sobre las soluciones educativas es una distracción menor y sin importancia de las grandes ideas para el control del Estado, entonces el resultado será hondamente insatisfactorio para la educación, porque no pueden establecerse políticas educativas sensatas sin un gran margen de continuidad, y la política simplista de confrontación no permite que exista una continuidad.

Por supuesto, el acuerdo de continuidad debe formar parte del compromiso de procedimiento dentro del cual debe incluirse al pluralismo. En lo que a política educativa se refiere no es simplemente deseable, es el *sine qua non* de cualquier desarrollo válido porque el tiempo que se invierte en cambiar de dirección excede con mucho la duración que pueda esperar tener cualquier gobierno elegido democráticamente.

3. La sociología del conocimiento es un área de especulación académica donde se forma una mezcla explosiva de ideología e investigación. El pluralismo en las soluciones educativas significa encontrar una forma de vida con

desacuerdo fundamental acerca de la naturaleza del saber, donde los educadores marxistas contemporáneos ejercen una influencia corrosiva. Esto no significa que un alto grado de diferencias y desacuerdos, aunque sean sobre puntos fundamentales, no puedan incluirse dentro de una voluntad pragmática de relegar los puntos extremos de discusión a simples argumentos teóricos. Pero debajo de todo ello —a un nivel de pensamiento y acción política más generales que el debate puramente educativo— no existe fórmula alguna para la tolerancia política que autorice a los exponentes de cualquier filosofía política totalitaria a reclamar para sí mismos una tolerancia que, si ellos tuvieran el poder, negarían a los demás.

4. La profesión de educador tiene un papel clave que desempeñar, moderando o avivando la amargura creada por desacuerdos profundos en política educativa. Si, como se ha sugerido aquí, muchos de los conflictos nacen de las diferencias entre derechos públicos y privados, entonces los profesores tienen que vivir con cierta dosis de ambigüedad. Tienen un deber que cumplir para con el Estado y para con su comunidad local. También tienen un deber para con los padres de sus alumnos y para con sus propios alumnos. Cada uno de esos deberes pide una respuesta diferente por parte de los profesores; a veces las respuestas que se les piden pueden parecer incompatibles. El elemento profesional en la labor del profesor le obliga grandemente con su cliente, pero el debate acerca de quién es el cliente (o debiera serlo) continúa abierto. Como el profesor profesional forma parte de un servicio asalariado no es un individuo autónomo en su trabajo, sus respuestas privadas a las preguntas que se le plantean debe darlas dentro de una estructura de política pública.

Debería ser objeto de política pública el crear una confianza profesional y una autonomía de los profesores y respetar su única contribución. Son sus actuaciones con los chicos y chicas a su cargo las que son el centro del proceso educativo.

A medida que se abre el debate sobre educación —de forma que hay un intento de acomodar una más amplia gama de ideologías y puntos de vista en competición—, el profesor recibe nuevas y más fuertes presiones. Uno de los principales objetivos de una buena administración de la educación debe ser el de reforzar la posición de los profesores en esas ocasiones y evitar la tentación de mirar al sistema educativo como una jerarquía, con el Ministerio de Educación a la cabeza, y el profesor abajo recibiendo un aluvión constante de instrucciones desde arriba.

5. La politización total de la educación ocurre cuando el pluralismo ha dejado paso a algo más afín al totalitarismo. Queda implícita, en lo que aquí se ha escrito, la creencia de que una sociedad libre y tolerante necesita reconocer los límites del alcance de la política —que algunas áreas privadas deben estar protegidas, fuera del alcance de los imperativos políticos—. Lo mismo que esto es cierto, en lo que a reforma social se refiere, también es cierto en la reforma educativa, porque por la propia naturaleza del vínculo de la educación con la sociedad, lo que la educación puede hacer y cómo puede reformarse depende de lo que ocurre en la sociedad en su conjunto.

Una cosa que se ha aprendido en los países adelantados es que existe una debilidad en la naturaleza humana que tiende a exagerar el punto hasta el cual la sociedad puede ser reformada por medio de cambios en la educación. Más todavía: el trecho entre la adopción y la consecución de objetivos sociales en materia de educación es muy grande. Una cosa es adoptar cierta meta dada, otra interpretarla en términos educativos y, todavía otra más, ordenar la práctica

educativa de modo a tratar de alcanzar esa meta y, todavía otra más, evaluar lo conseguido como resultado satisfactorio alcanzado

Se ha entendido ahora de un modo mucho más claro en los países adelantados que no existe una fórmula sencilla para organizar la educación secundaria de modo que pueda eliminar las consecuencias educacionales de la desigualdad social. La organización de la educación secundaria sigue siendo la clase de solución sobre la cual los políticos están en desacuerdo y en la cual la comunidad se divide en terrenos ideológicos. Y lo cierto es que diversos tipos de organización de escuelas secundarias son apropiadas para diversas fases de desarrollo social. Pero el discurrir de un modo racional sobre estos asuntos hace necesario que se ponga cierto énfasis no ya en el potencial de educación como solución de los problemas sociales, sino en las limitaciones sobre lo que la educación puede hacer. La educación debe cambiar en asociación con otras formas de cambio social y no aisladamente.

. . .

Las ilusiones excesivamente optimistas sobre lo que pueda ser la educación se deben seguramente a la polarización ideológica excesiva en el pasado. Y quizá esto proporcione una excusa para referirse al papel que el medio puede desempeñar para promover un debate documentado sobre política educativa. Es un artículo de fe necesario y no muy romántico en una democracia el que una mejor información facilitará un mejor debate político y una mejor toma de decisiones. Desde luego es importante una prensa libre y viva, si los padres y el público en general deben poder unirse para tomar parte en el debate sobre la educación y si los vínculos orgánicos entre la escuela y la sociedad han de ser fuertes e independientes de aquellos formados por la cadena administrativa de autoridad.

Esto reclama una actitud abierta por parte de aquellos con responsabilidad para la administración educativa. Significa aceptar la falta de periódicos que traten de temas especializados. Significa aceptar la insaciable (pero a menudo ociosa y a veces maliciosa) curiosidad por parte de los periodistas y tratar con ellos. Reflejan las prioridades de los padres (o la interpretación que los periodistas dan a los intereses de los padres), aun cuando éstos no coincidan con los de la administración. Sobre todo significa aceptar el hecho de que crear una política educativa implica muy pocos secretos preocupantes para la seguridad del Estado, pero muchos que están ocultos por conveniencia de los políticos y administradores. El adaptar la educación a las demandas del pluralismo y democracia implica un cambio enorme en las relaciones entre el gobierno y la prensa y entre los administradores y los periodistas.

Aquí, una vez más, el ambiente y las circunstancias difieren enormemente de un país a otro. Suecia está abierta, en lo que a directrices se refiere, y proporciona un tesoro de información a los periodistas que se refleja en una copiosa publicación sobre temas de educación en la prensa nacional y local. En los Estados Unidos la tradición de periodismo investigador se emplea en las actividades de las autoridades públicas en educación como en otros temas. En Inglaterra hay una animada discusión sobre educación en la prensa a nivel local donde se toman muchas de las decisiones que afectan a las personas y a las escuelas. En la prensa nacional también ha habido una expansión en la publicación editorial durante los pasados 20 años y se ha discutido mucho

últimamente sobre los medios para facilitar el acceso a la información y animar a los políticos y personajes oficiales a ser menos reservados.

Muchos países, igualmente, tienen periódicos y revistas dirigidos a los maestros y administradores de la educación y que, en muy diversos grados, ayudan a mantener el debate educativo e influyen en la acción. Una prensa de la educación depende de la economía de la publicación —magnitud del mercado, circulación potencial entre profesores y administradores— y el modo en el cual está organizado el mercado que afecta al ingreso por anuncios publicitarios. En muchos países, la prensa de la educación depende de las publicaciones del gobierno y de los sindicatos de profesores. En ambos casos, esto supone unas limitaciones evidentes.

Como editor de *The Times Educational Supplement* tengo la ventaja de trabajar en un semanario que es independiente tanto en relación con el gobierno como con los sindicatos de profesores, y cuyos ingresos, en su mayor parte, proceden de los anuncios de oferta de trabajo a profesores. (Es una afortunada consecuencia de la forma inglesa en la administración de la educación descentralizada, de que los profesores sean contratados por las autoridades locales, pero que estén pagados y pensionados a escala nacional; el desarrollo de su carrera depende generalmente de una sucesión de desplazamientos de un colegio a otro y de una localidad a otra.)

Durante un período de casi setenta años el semanario se elaboró de modo que cubriera todo el campo de la educación, y la difusión ha alcanzado más de 120.000 ejemplares semanales; cada tirada de ejemplares es leída (según los últimos estudios de mercado) por la mitad de las fuerzas educativas en su totalidad. (Además existe una publicación hermana, *The Times Higher Education Supplement*, que cubre temas especializados de la educación superior.)

Todo ello significa que dicho periódico tiene un solo papel que desempeñar: el de proporcionar un foro para el debate documentado sobre educación y un modelo de obra del pluralismo en acción. Como editor tengo mis propios puntos de vista y los expongo semana tras semana. Algunos de ellos pueden resultar influyentes o, por lo menos, tener un efecto marginal en el curso de la discusión. Pero la auténtica influencia de un periódico como éste estriba en ayudar a definir el temario del público, recogiendo soluciones y encontrando gente que escriba acerca de éstas, desde distintos ángulos, sin perder de vista en ningún momento al grupo de ciudadanos que se está sirviendo. Huelga decir que es un privilegio compartir esto; todavía más: es una función esencial a llevar a cabo en alguna parte, dentro de la prensa especializada al servicio de la educación democrática en una sociedad pluralista.